



SIGUE HABLANDO MAIRENA A SUS ALUMNOS

Siempre he creído, con Benedetto Croce, en la índole moral—la naturaleza práctica—del error. Los tópicos más solemnes y equivocados son hijos de voluntad perversa, no sólo de razón extraviada. Muchos son verdaderos sacos de malicias o cajas fatales de Pandora. Algún día tendremos que agarrarnos a donde bien podamos, para ver lo que lleva dentro eso de la *revolución desde arriba*.

•

¡Revolución desde arriba! Como si dijéramos—comentaba Mairena—renovación del árbol por la copa. Pero el árbol—añadía—se renueva por todas partes, y, muy especialmente, por las raíces. Revolución desde abajo, me suena mejor. Claro

que «revolución desde arriba» es un eufemismo desorientador y descaminante. Porque no se trata de renovar el árbol por la copa, sino, ¡por la corteza! Reparad en que esa *revolución desde arriba* estuvo siempre a cargo de los viejos, por un lado, y de las *juventudes*, por otro (conservadoras, liberales, católicas, monárquicas, tradicionalistas, etc.), a cargo de la vejez, en suma. Y acabará un día por una *contrarrevolución desde abajo*, un plante popular, acompañado de una inevitable rebelión de menores.

*

La cultura, vista desde fuera, como la ven quienes nunca contribuyeron a crearla, puede aparecer como un caudal en numerario o mercancías, el cual, repartido entre muchos, entre los más, no es suficiente para enriquecer a nadie. La difusión de la cultura sería, para los que así piensan, un despilfarro o dilapidación de la cultura, realmente lamentable. Esto es muy lógico. Pero es extraño que sean, a veces, los antimarxistas, que combaten la interpretación materialista de la historia, quienes expongan una concepción tan espesamente materialista de la difusión cultural.

*

En efecto—añadía Mairena—la cultura vista desde fuera, como si dijéramos, desde la ignorancia o, también, desde la pedantería, puede aparecer como un tesoro cuya posesión y custodia sean el privilegio de unos pocos; y el ansia de cultura que siente el pueblo, y que nosotros quisiéramos contribuir a

aumentar en el pueblo, como la amenaza a un sagrado depósito, la ingente ola de barbarie que lo anegue y destruya. Pero nosotros, que vemos la cultura desde dentro, quiero decir desde el hombre mismo, no pensamos ni en el caudal, ni en el tesoro, ni en el depósito de la cultura, como fondos o existencias que puedan repartirse a voleo, mucho menos ser entrados a saco por la turba indigente. Para nosotros, difundir y defender la cultura son una misma cosa: aumentar en el mundo el humano tesoro de conciencia vigilante. ¿Cómo? Despertando al dormido. Y mientras mayor sea el número de despiertos... ¿Qué piensa el oyente?

—Que, desde ese punto de vista—respondió el oyente—, la difusión de la cultura sería en beneficio de la misma, contra lo que piensan quienes pretenden defenderla como privilegio de clase. ¿Es esto lo que se trataba de demostrar?

—Ni más ni menos.

—Repare usted, sin embargo, querido maestro, en que ese punto de vista es exclusivamente el nuestro. Nosotros, futuros alumnos o maestros de la Escuela Popular de Sabiduría Superior, sólo pretenderíamos despertar al dormido, y sólo de este modo contribuiríamos a la difusión de la cultura. Pero enfrente de nosotros estarán siempre, no precisamente los dormidos, sino aquellos que, medio desvelados, no quieren despertar del todo, ni mucho menos despertar a su prójimo. No sé si me explico.

—Prosiga.

—En nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior habría pocos alumnos, lo que no supondría un daño para la Escuela; pero serían muchos, en cambio, los enemigos de ella, los que

pretendieran cerrarla. Y aun días pudieran llegar en que a profesores y alumnos de la tal escuela nos oliese la cabeza a pólvora. Ojo a esto, que es muy grave.

Los alumnos de Mairena rieron la última frase del oyente, que parecía remedar el estilo del maestro.

—Tendríamos, en efecto, muchos enemigos—observó Mairena—, lo que no implica ninguna seria objeción a nuestra tesis. ¿Conformes?

—Conformes.

*

Para mí—continuó Mairena—sólo habría una razón de peso contra la difusión de la cultura—o tránsito desde un estrecho círculo de elegidos y de privilegiados a otros ámbitos más extensos—si averiguásemos que el principio de Carnot rige también para esa clase de energía espiritual que despierta al dormido. En ese caso, habríamos de proceder con sumo tiento; porque una difusión de la cultura implicaría, a fin de cuentas, una degradación de la misma, que la hiciese prácticamente inútil. Pero nada hay averiguado sobre este particular. Nada serio podríamos oponer a una tesis contraria que, de acuerdo con la más acusada apariéncia, afirmase la constante reversibilidad de la energía espiritual que produce la cultura, como no fuese nuestra duda, más o menos vehemente, de la existencia de la tal energía. Pero esto habría de llevarnos a una discusión metafísica en la cual el principio Carnot Clausius, o no podría sostenerse, o perdería toda su trascendencia al estadio de la pedagogía.

*

Vamos a otra cosa o, mejor dicho, a examinar otro aspecto de la cuestión. Nuestra *Escuela Popular de Sabiduría Superior* tendría muchos enemigos; todos aquellos para quienes la cultura es, no sólo un instrumento de poder sobre las cosas, sino también, y muy especialmente, de dominio sobre los hombres. Nos acusarían de corruptores del pueblo, sin razón, pero no sin motivo. Porque si la cultura sirve a unos pocos para mandar, sólo hay una manera muy otra que la nuestra de conservarla: enseñar a obedecer a todos los demás. Y reparad en que esos hombres se preocupan, a su modo, de la educación del pueblo, tanto o más que nosotros. ¿Tendríamos enfrente a la Iglesia, órgano supremo de salvación de las masas? Acaso. Pero no por motivos de competencia. Porque a nosotros no nos preocupa la salvación de las masas. Recordad lo que tantas veces os he dicho. El concepto de masa aplicado al hombre, de origen eclesiástico y burgués, lleva implícita la más anticristiana degradación de nuestro prójimo que cabe imaginar. Muchas gentes de buena fe, nuestros mejores amigos, lo emplean hoy, sin reparar en que el tópico proviene del campo enemigo. Salvación de las masas, educación de las masas... Desconfiad de ese yerro lógico, que es otra terrible caja de Pandora. Se me dirá que el concepto de masa, puramente cuantitativo, puede aplicarse al hombre y a las muchedumbres humanas, como a todo cuanto ocupa lugar en el espacio. Sin duda; pero a condición de no concederle ningún otro valor cualitativo. No olvidemos que, para llegar al concepto de masas humanas, hemos hecho abstracción de todas las cualidades del hombre, con excepción de aquella que el hombre

comparte con las cosas materiales: la de poder ser medido con relación a unidad de volumen. De modo que, en estricta lógica, las masas humanas ni pueden salvarse, ni ser educadas. En cambio siempre se podrá disparar sobre ellas. He aquí la malicia que lleva implícita la falsedad de un tópico que nosotros, demócratas incorregibles y enemigos de todo señoritismo cultural, no emplearemos nunca, por un respeto y un amor al pueblo que nuestros adversarios no sentirán nunca.

ANTONIO MACHADO.